

BIBLIOTECA JAVIER COY D'ESTUDIS NORD-AMERICANS

DIARIO DE VIAJE A ESTADOS UNIDOS

UN AÑO EN SMITH COLLEGE (1921-1922)

CARMEN CASTILLA

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS MORENO, ED.



PUV

DIARIO DE VIAJE A ESTADOS UNIDOS
UN AÑO EN SMITH COLLEGE
(1921-1922)

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

<http://www.uv.es/bibjcoy>

Directora

Carme Manuel

DIARIO DE VIAJE A ESTADOS UNIDOS
UN AÑO EN SMITH COLLEGE
(1921-1922)

Carmen Castilla

Introducción, edición crítica y notas
de Santiago López-Ríos Moreno

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans
Universitat de València

© *Diario de viaje a Estados Unidos. Un año en Smith College (1921-1922)*
De los textos de Carmen Castilla y de las fotografías de su álbum, su heredera.
Del resto de las fotografías, sus autores y/o propietarios.
De la introducción, edición crítica y notas, Santiago López-Ríos Moreno.

1ª edición de 2012
Reservados los derechos

Prohibida su reproducción total o parcial

ISBN: 978-84-370-8951-5

Imágenes del texto: A menos que se indique lo contrario, todas pertenecen al archivo de
Carmen Castilla

Imagen de la portada: Carmen Castilla en su cuarto en Dickinson House, Smith College.
1921-1922. Colección de Carmen Castilla

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Publicacions de la Universitat de València
<http://puv.uv.es>
publicacions@uv.es

Índice

Prólogo. Isabel Pérez-Villanueva Tovar, “De la Residencia de Señoritas a Smith College. El diario de Carmen Castilla”	11
Agradecimientos	17
Introducción	21
Criterios de edición	69
Carmen Castilla, <i>Diario de viaje a Estados Unidos</i>	71
Apéndices	
I. Cartas de Juana Moreno de Sosa desde Estados Unidos a la Secretaría de la Junta para Ampliación de Estudios	187
II. Cartas de María Oñate a María de Maeztu desde Estados Unidos. Cursos 1920-1921, 1921-1922 y 1923-1924	197
III. Artículo publicado en <i>La Prensa</i> (Nueva York) sobre la llegada de las pensionadas de la JAE en septiembre de 1921	206
IV. Carmen Castilla, “Life in Spanish <i>Residencia</i> Described by Foreign Student”	209
V. Carmen Castilla, “Recuerdos... que son Historia” (1955)	211
Índice onomástico	219



Carmen Castilla en su cuarto en Dickinson House, Smith College. 1921-1922

Prólogo

De la Residencia de Señoritas a Smith College. El diario de Carmen Castilla

La Residencia de Señoritas, abierta en el otoño de 1915 por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas como extensión al ámbito femenino del centro residencial masculino que había fundado pocos años antes, ofrecía a las estudiantes no sólo un alojamiento confortable, sino también un importante complemento de orden intelectual y cultural para perfeccionar su formación. Era frecuente, sobre todo en los primeros tiempos, que procurase además a las residentes el modo de comenzar su actividad profesional, recurriendo para ello a la consistente trama de organismos de investigación y educación dependientes de la Junta. Se iniciaba así para esas jóvenes una vinculación que, en no pocas ocasiones, fue muy duradera. Y, naturalmente, la Residencia consideró siempre muy provechosa para sus alumnas la ampliación de estudios en el extranjero. En el ejercicio de una de sus funciones más relevantes, fue desde luego la Junta la que solía conceder pensiones para viajes y estancias en el exterior, aunque se abrieron también nuevos cauces desde la propia Residencia de Señoritas mediante el establecimiento de relaciones de intercambio con algunos de los centros más prestigiosos dedicados a la educación superior de las mujeres en los Estados Unidos.

Planteada, de acuerdo con los presupuestos de la Institución Libre de Enseñanza, para favorecer el acceso de las mujeres a la universidad y al ejercicio profesional y promover su integración en la vida activa, constituyó una plataforma esencial para la configuración, en el ámbito de las clases medias y con acento liberal, de una mujer moderna en España –tan bien caracterizada por Martínez Sierra o Casona. Y fomentó, al modo institucionista, una transformación tan profunda e integral de las estudiantes que suponía, en expresión de Alberto

Jiménez Fraud, presidente de la Residencia de Estudiantes, la asunción de “nuevos modos de sentir y nuevos hábitos de vida”, en un tiempo en el que, por añadidura, las mujeres españolas se encontraban en el umbral de un nuevo horizonte.

En la definición de ese nuevo tipo femenino, no puede considerarse un factor secundario el ejemplo de las mujeres norteamericanas –alumnas y profesoras– que convivieron con las de la Residencia de Señoritas, gracias a la ayuda sobresaliente de una generosa institución norteamericana, el International Institute for Girls in Spain. Juan Ramón Jiménez, que vivió en la Residencia de Estudiantes en su primera etapa, apuntó, de forma muy sugerente, a propósito de Zenobia Camprubí, las enormes diferencias que entonces existían entre las jóvenes españolas y el tipo de “mujer educada a la americana”, tan de su gusto. Y el secretario de la Junta, José Castillejo, comprendió y apreció debidamente lo que significaba para las residentes la relación con las profesoras norteamericanas, mujeres independientes, activas, enérgicas, e incluso deportistas, en muchos casos cultas y refinadas, siempre modernas, que gozaban además de una sólida preparación intelectual y profesional.

Los dos principales rasgos que Cossío señalaba en la sociedad norteamericana de la época –“uno, el más visible, por lo exterior y extenso, el utilitario; otro, menos aparente, más íntimo y profundo, altamente idealista, el puritano”– constituyen, sobre la traza institucionista, ingredientes reconocibles en la trayectoria de la Residencia de Señoritas. Su directora, María de Maeztu, cuya madre tenía ascendencia británica y educación francesa, mantuvo relaciones muy sólidas y constantes con el profesorado del Instituto Internacional y conoció bien los Estados Unidos, especialmente las instituciones dedicadas a la educación superior de las mujeres. Tuvo siempre muy presente el funcionamiento de los más prestigiosos *colleges* femeninos en la orientación del centro residencial madrileño que dirigía.

Carmen Castilla pertenece al escogido grupo de mujeres que recibió, en sus distintas vertientes, el amparo y el estímulo inestimables de la Residencia de Señoritas, de cuya primera promoción formó parte. Trabajó en otros dos organismos de la Junta, ya que se inició como maestra en la Sección Preparatoria del Instituto-Escuela –dirigida también por María de Maeztu– y fue profesora durante muchos años de los Cursos para extranjeros organizados por el Centro de Estudios Históricos. Y disfrutó de la oportunidad de ampliar estudios en los Estados Unidos gracias a una de las iniciativas más apreciables y singulares de la

Residencia de Señoritas, su acuerdo con Smith College, al que se sumaron después otras instituciones análogas. En ese periodo, escribió el diario que presenta y edita el profesor López-Ríos Moreno.

El contraste entre una España atrapada en la guerra de África, sobrecogida por el desastre de Annual, y los Estados Unidos era muy fuerte cuando Carmen Castilla desembarcó, con sus compañeras, en Nueva York, una ciudad de la que apenas tenía entonces unas vagas referencias cinematográficas. Lo que primero percibe allí es el tamaño, la cantidad, la masa, el ruido, e incluso la suciedad, sin poder apartarse todavía de un cliché muy arraigado entonces en Europa. Pero camino de Northampton, se muestra ya sensible ante la belleza del paisaje y se deja seducir por el atractivo de la naturaleza. Y a fuerza de *ice creams*, *candies* y *cakes* va aprendiendo a sortear y a sobrellevar la comida, que no le gusta –lo mismo les ocurría a las norteamericanas en la Residencia de Señoritas–, y, sobre todo, a endulzar las dificultades y calmar la nostalgia.

De forma lúcida, con sencillez, observa y se sorprende, haciendo un retrato de la sociedad norteamericana que resalta, al tiempo, por oposición, las diferencias con la española, y sus carencias y defectos. La seriedad, el orden, la puntualidad retienen muy pronto su atención y le producen admiración. Otras muchas de sus observaciones y reacciones merecen una consideración detenida. Resulta así conmovedora su ingenuidad ante unas compañeras que, por la ligereza de sus vestidos, tienen, a su juicio, “poca aprensión para aparecer delante de los hombres”, o su asombro ante unas estudiantes que, pese a ser inválidas, hacen, con la necesaria ayuda, una vida normal en Smith College, cuando en España estarían “en sus casas sin estudiar de este modo”. Es muy significativo que, entre otras cosas, le produzcan gran curiosidad esas doctoras de la Universidad de Columbia casi octogenarias; y lo es aún más que le maraville descubrir que en Norteamérica “la mujer no termina sus estudios, sino que sigue siempre cursos nuevos para saber más”.

Es natural que se fijase especialmente en las mujeres, en sus comportamientos y en sus hábitos, porque conoció sobre todo el lado femenino de los Estados Unidos. No es sólo por el hecho de que en Smith College no hubiese estudiantes varones, sino, sobre todo, porque sus contactos, sus apoyos, las personas con las que trató, procedían en su mayoría del entorno del Instituto Internacional y de la Residencia de Señoritas, y eran mujeres. Desde este punto de vista, el diario pone de manifiesto la existencia, ya hacia 1920, de una notable red de relaciones entre un

sector relevante de la intelectualidad femenina norteamericana y el núcleo de españolas, todavía pequeño y poco consistente pero en imparable crecimiento, que promovía la Junta para Ampliación de Estudios y sus fundaciones, singularmente la Residencia de Señoritas. Sobrepasando el marco institucional, el intercambio entre las mujeres de uno y otro lado del Atlántico estaba lejos de ser estrictamente profesional. Las profesoras norteamericanas no se limitaban a ejercer una tutela académica, y el contacto con las recién llegadas –desorientadas y algo asustadas, como Carmen Castilla– discurría además por cauces personales, de trato individual e incluso familiar. Son dignos de reconocimiento la atención y el tiempo que mujeres tan relevantes como Caroline Bourland o Susan Huntington dedicaron a estas jóvenes españolas.

Todo ello se hace patente en la intensa vida social de Carmen Castilla desde que desembarca en Nueva York, rodeada siempre, de mujeres, que la acompañan –o le escriben–, profesoras y estudiantes, americanas y españolas, que en muchos casos había conocido en Madrid, en el Instituto Internacional, en la Residencia o en el Instituto-Escuela. La autora narra también, y con agrado en muchos casos, su participación en la rica vida corporativa de Smith College –una práctica anglosajona que la Residencia intentó tenazmente incorporar– y su relación con otras estudiantes, incluidas algunas extranjeras, como aquellas chinas que le resultaron tan exóticas, dentro y fuera del campus, utilizando las variadas y activas vías del asociacionismo femenino norteamericano.

La española, por su parte, parecía también algo singular en ese entorno, como evidencia la impresión que produjeron en sus compañeras norteamericanas algunos elementos personales con los que decoró su cuarto, el reducto de mayor privacidad: el mantón estampado de ocho puntas que utilizaba como colcha fue objeto de todas las miradas y concitó el entusiasmo general, mientras que la fotografía de su numerosísima familia, once hermanos, provocó auténtico estupor.

La incompreensión, e incluso los prejuicios, presentes en los dos países –y de ello hay pruebas en el diario–, sólo pueden resolverse con la cercanía y el conocimiento mutuos. Y la comparación con lo distinto estimula en general un muy saludable sentido crítico hacia lo propio, superando el riesgo de considerarlo único. Desde los Estados Unidos, Carmen Castilla comprende mejor, por contraposición, algunas cosas de España. Advierte, por ejemplo, de forma sutil e indirecta, la diferencia con la sustanciosa, y responsable, contribución que realizan

en Norteamérica quienes asisten a misa: “Como son de veras católicos –escribe–, dan cuanto creen necesario para mantener el culto”.

A Santiago López-Ríos debe atribuírsele el mérito de sacar a la luz el diario que redactó Carmen Castilla durante su estancia de un año en Smith College, entre 1921 y 1922. Desde el primer momento, supo ver el interés de un escrito que publica ahora en una edición muy cuidada, con el rigor y la minuciosidad de su buen hacer de filólogo. Conoce a fondo la documentación procedente de archivos españoles y norteamericanos, y la maneja con sensibilidad e inteligencia para facilitar una comprensión más profunda del texto, orientando al lector –y no es fácil– en la abultada nómina de mujeres españolas y norteamericanas que giran en torno a la autora o en los múltiples y pequeños avatares de su vida cotidiana en los Estados Unidos. Reconstruye –y transmite– con agilidad el mundo de Carmen Castilla, aportando fotografías y escritos complementarios, como las vivaces cartas de otras dos residentes, Juana Moreno y María Oñate, o una sentida evocación que la autora del diario hace de María de Maeztu y la Residencia de Señoritas en sus primeros años de funcionamiento. Y consigue, en la introducción, explicar el diario, sin perder ni la estima ni el respeto por lo que tiene de testimonio personal e incluso íntimo, como una pieza expresiva, inserta en las relaciones culturales de entreguerras, de una valiosa experiencia colectiva, la de un pequeño grupo de jóvenes que contribuyeron a abrir un nuevo camino –el de los Estados Unidos– para las mujeres españolas.

Isabel Pérez-Villanueva Tovar
UNED

Agradecimientos

El origen de mi investigación sobre la figura de Carmen Castilla Polo se remonta al encargo que, en 2007, me encomendó la Real Academia de la Historia de redactar una semblanza de ella y otra de Juana Moreno de Sosa, amiga y compañera de Carmen en la Residencia de Señoritas y el Instituto-Escuela, para el *Diccionario Biográfico Español*. Vaya, pues, en primer lugar, mi cordial agradecimiento para Jaime Olmedo Ramos, el magnífico director técnico de esta obra, quien me transmitió la propuesta de la RAH y veló para que se rescatara del olvido a estas dos interesantísimas mujeres. De aquel encargo resultó, en verdad, una investigación fascinante.

Desde el principio de mis indagaciones en las figuras de Carmen Castilla y Juana Moreno, ha sido fundamental el entusiasmo y el vital apoyo que me ha proporcionado en todo momento mi madre, María Cristina Moreno Castilla, sobrina de ambas, quien no solo ha compartido conmigo emotivos recuerdos de sus tías, sino también se ha volcado en buscar información sobre ellas. Precisamente, gracias a sus eficaces gestiones, pudimos averiguar que, su prima, María Rosa Quintana Castilla, sobrina y ahijada de Carmen, conservaba su diario de viaje a Estados Unidos y su álbum de fotografías. Quedo muy en deuda con María Rosa Quintana por su extraordinaria amabilidad, su incondicional disposición a colaborar en este proyecto desde el inicio y por su permiso para que el diario que había heredado se publicase. Si no hubiera sido por ella, este libro nunca hubiera visto la luz. Mi conocimiento de la vida de la autora de este diario se ha enriquecido mucho a través de conversaciones con María Rosa Quintana Castilla y también con su hermana, Alicia Quintana Castilla, a la que agradezco su disponibilidad y tiempo para atender mis preguntas.

Aunque mi interés en la vida de Carmen Castilla venía de varios años atrás, no fue hasta que pude disponer de varios permisos para desplazarme a Estados Unidos cuando se materializó mi deseo de estudiar a fondo este diario y editarlo. Mi

primera visita a los archivos de Smith College tuvo lugar a principios de enero de 2009, visita en la que empecé a ver importantes documentos sobre la historia de la que trata este libro. Sin embargo, cuando me dediqué de lleno a esta investigación, fue durante el curso 2010-2011. En ese curso académico, siendo *Visiting Scholar* en el Departamento de Lenguas y Literaturas Romances de la Universidad de Harvard y *Research Associate* en el Departamento de Español y Portugués de Smith College, trabajé muchas horas en las excelentes bibliotecas y archivos de ambas instituciones. Para la estancia en la Universidad de Harvard disfruté unos meses de una beca del Real Colegio Complutense. Estoy muy en deuda con mis colegas hispanistas de las dos universidades por haberme nombrado *Visiting Scholar* y *Research Associate*, respectivamente, y por su respaldo y estímulo a mis indagaciones. No puedo olvidar la ayuda que recibí en Harvard de los profesores Brad Epps, Luis Fernández Cifuentes, Mary Gaylord, Luis Girón-Negrón y Francisco Márquez Villanueva, y en Smith College de María Estela Harrette, Michelle Joffroy y Nancy Saporta Sternbach.

Como se verá en los documentos que se citan en la introducción y en las notas del diario, una parte sustancial de la investigación se llevó a cabo en los archivos de Smith College. Desde el primer día que lo visité en enero de 2009, quedé abrumado por la generosidad y profesionalidad de la directora del archivo, Nanci Young, quien me orientó en la consulta de esos fondos, me proporcionó valiosísimas informaciones y atendió a un sinfín de correos electrónicos, un afán de ayudar, en suma, que se ha prolongado hasta cuando el libro estaba ya en prensa. Hago, por supuesto, extensivo mi agradecimiento a todo el personal de ese archivo.

Las investigaciones que realicé en Nueva York fueron posibles por la hospitalidad que me brindaron Jeanette y Peter Schrag y Matt Kaplan. En la biblioteca de la Hispanic Society of America, Vanessa Pintado facilitó de manera considerable mi trabajo. Por lo que respecta a archivos españoles, he de mencionar la simpatía y eficacia con la que Asen Uña y sus compañeros de la biblioteca de la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón siempre han respondido a mis consultas sobre documentos del archivo de la Residencia de Señoritas a lo largo de varios años. Muy gentil ha sido igualmente todo el personal de la biblioteca de la Residencia de Estudiantes. En el Archivo General de la Universidad Complutense es un placer poder contar con una subdirectora tan profesional como Isabel Palomera Parra. Lo mismo he de señalar de Evelia Vega, a quien recurrí varias veces cuando ella trabajaba en el Archivo del Ministerio de Educación.

Entre los investigadores con los que he comentado las líneas esenciales de mi proyecto, he de destacar el nombre de Pilar Piñón Varela, directora ejecutiva del Instituto Internacional en España, quien actualmente realiza una tesis en la UNED sobre el papel de la mujer en los intercambios educativos entre España y Estados Unidos durante el período de entreguerras. Han sido muchas horas las que he conversado con Pilar Piñón de intereses comunes y en las que hemos intercambiado datos y puntos de vista. Por ello, y por el aliento y apoyo efectivo que me ha prestado desde el principio y hasta el final, le doy las gracias más sinceras, esperando que la tesis que prepara se publique pronto, pues está llamada a convertirse en el estudio de referencia sobre asuntos que apenas se esbozan en mi introducción al diario de Carmen Castilla.

Asimismo, debo a Raquel Vázquez Ramil, gran conocedora de estos temas y muy generosa con su tiempo, que me haya aclarado dudas y me haya proporcionado su opinión acerca de los asuntos que aborda este libro. El profesor Julio Ruiz Berrio, autoridad en la historia de la educación en España, leyó con detenimiento el original y me aportó valiosos comentarios y varias fichas bibliográficas.

La directora de la tesis de Pilar Piñón, la profesora Isabel Pérez-Villanueva Tovar, ha demostrado, una vez más, su profundo conocimiento sobre la Residencia de Señoritas y su contexto en el prólogo que tanto le agradezco haya tenido a bien redactar para este libro, al que también ha contribuido con datos concretos y consejos, con esa elegante cortesía tan suya.

La profesora Carme Manuel, directora de la *Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans*, aceptó enseguida que este diario de Carmen Castilla viera la luz en dicha colección y gestionó todos los trámites con la misma diligencia e interés que pusieron en Publicacions de la Universitat de València en la maquetación del libro. Pero a Carme Manuel le debo, además de que aprobara el proyecto, el contagioso optimismo y el ánimo que me ha transmitido. Sus palabras me han demostrado que creía fervientemente, no ya en la conveniencia, sino en la *necesidad* de que este texto se estudiara a fondo, se editara y viera la luz, algo de lo que siempre estuve convencido y que agradezco que mi padre, mis hermanos, Gretel Nusspaumer, Bobby Kuehl, Isabel Durán Giménez-Rico, Thom Wall, John Oliver, y otros amigos y familiares (incluidos muchos "Castilla", por supuesto) también alentaran.

Introducción

Carmen Castilla, una vida entregada a la educación

La trayectoria vital de la autora del diario que aquí se publica constituye un caso evidente de cómo la política educativa de inspiración institucionista de la Junta para Ampliación de Estudios (y en particular, su programa de pensiones en el extranjero y la Residencia de Señoritas) abrió por primera vez inesperados horizontes a un selecto y afortunado grupo de mujeres españolas durante el primer tercio del siglo XX. Asimismo, su vida ejemplifica hasta qué punto la guerra civil frenó en seco carreras prometedoras¹.

Nacida en Logroño el 16 de noviembre de 1895, Carmen Castilla Polo fue la primogénita del empresario navarro Cesáreo Castilla Moleda y la riojana Rosa Polo Ortigosa. Cursó estudios en la Escuela Superior de Magisterio de Madrid, donde siguió las clases de Juan de Zaragüeta y donde obtuvo el título de maestra normal

¹ Los datos de la biografía de Carmen Castilla que se proporcionan a continuación se han tomado de su expediente como maestra e inspectora de Primera Enseñanza conservado en el Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares, Madrid), exp. 21806; sign. 32/68-69, de su expediente en el Archivo de la Secretaría de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE, en lo sucesivo) (Residencia de Estudiantes, Madrid), 33-387, y del expediente de su consejo de guerra en el Archivo General e Histórico de Defensa (Madrid), causa 9884, legajo 1166, signatura 1554. El *Diccionario Biográfico Español* (Madrid, Real Academia de la Historia, 2010, vol. 12, págs. 457-458) contiene una breve semblanza de Carmen Castilla redactada por el autor de esta introducción. A grandes rasgos se resume la vida profesional de Carmen Castilla en Justo Formentín Ibáñez y María José Villegas Sanz, *Relaciones culturales entre España y América: la Junta para Ampliación de Estudios (1907-1936)*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992, págs. 236-237. Se alude a su labor en el Instituto-Escuela en Luis Palacios Bañuelos, *Instituto-Escuela. Historia de una renovación educativa*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1988, págs. 104-105. Su alta en la Agrupación Socialista Madrileña se consigna en el *Boletín de la Agrupación Socialista Madrileña*, s.l., s.e. segundo semestre 1931, pág. 7 (alta número 3.331). Su marido, Emilio Álvarez Cot, también se afilia el mismo año (alta número 3.328). El nombre de Carmen Castilla aparece también en los estudios sobre la Residencia de Señoritas que se citan más adelante.

(Sección de Ciencias) en mayo de 1920². Durante su época de estudiante vivió en la Residencia de Señoritas, con cuya directora, María de Maeztu, y otras residentes de su círculo, como Juana Moreno de Sosa, Eloísa Castellví o María Sánchez Arbós, mantendría una larga amistad. Su vinculación con María de Maeztu le permitió formar parte del claustro de profesores de la Sección Preparatoria del Instituto-Escuela de Madrid (dirigida por la pedagoga vasca), durante los dos primeros cursos de su funcionamiento, es decir, 1918-1919 y 1919-1920. En julio de 1920, ingresó, por oposición, en el Cuerpo de Inspectores de Primera Enseñanza, y ocupó una plaza en Teruel.



Promoción 1916-1919 de la Escuela Superior del Magisterio

La carrera profesional de Carmen Castilla se enriqueció con una estancia en Estados Unidos en el curso 1921-1922, una estancia que se enmarca dentro del intercambio entre la Residencia de Señoritas y Smith College (Northampton, Massachusetts), centro en cuyo Departamento de Español desempeñó el puesto de *teaching fellow*. En verano de 1922 enseñó lengua española en la Escuela de

² Sobre esta institución ha de verse Antonio Molero Pintado y M^a del Mar del Pozo Andrés (eds.), *Un precedente histórico en la formación universitaria del profesorado español. Escuela de Estudios Superiores del Magisterio (1909-1932)*, Alcalá de Henares, Departamento de Educación-Alcalá de Henares, 1989.